

Jean Paul Sartre: Filósofo de la Disidencia

Jean Paul Sartre: Philosopher of Dissidence

Gloria M. COMESAÑA-SANTALICES

Universidad del Zulia, Venezuela.

RESUMEN

Este es el relato de las dos primeras entrevistas que me concedió Jean Paul Sartre en Octubre y Noviembre de 1977. Posteriormente me volví a entrevistar con él en otras tres ocasiones: en Marzo de 1978, en Septiembre de ese mismo año, y en Enero de 1979. Cuando traté de contactarlo en Enero de 1980 nadie respondía en su casa. Estaba ya muy grave a causa de la enfermedad que lo llevaría a la muerte. Salvo una eventual publicación en un diario local de mi ciudad, estas entrevistas han permanecido inéditas para el lector interesado en el pensamiento sartreano.

Palabras clave: Sartre, Feminismo, Filosofía, Marxismo.

ABSTRACT

This is the story of the first two interviews that I had with Jean Paul Sartre in October and November of 1977. Later I had three more interviews with him: March 1978, September of the same year, and in January of 1979. When I tried to contact him in January of 1980, nobody answered in his residence. He was then quite overcome by the illness that took him to his death. Except for a later publication in a local newspaper in my city, these interviews have remained unpublished and are here presented for those readers who are interested in sartrean thought.

Key words: Sartre, Feminism, Philosophy, Marxism.

PRIMER ENCUENTRO CON JEAN PAUL SARTRE LA LUCHA FEMINISTA TIENE QUE SER AUTÓNOMA

La voz de Simone de Beauvoir, a través del teléfono, me dice: "Sartre desea verla y la espera el lunes, a las doce y media. ¿Está Ud., de acuerdo?...Anote la dirección". Y pasa a dármele con todos los detalles, explicándomelos dos veces.

Salgo de la cabina telefónica como si me hubiesen dado un golpe, las piernas me tiemblan, debo sentarme. En un instante tengo a la vez ganas de reír y de llorar, de gritar muy fuerte, de dar rienda suelta a mi emoción, pero al mismo tiempo casi no puedo respirar, ni hablar, ni moverme. Poco a poco las ideas se organizan en mi cabeza. ¡Voy a ver a Sartre! ¿Cómo ha ocurrido? Ni siquiera me había atrevido a soñarlo. A lo largo de estos años en París, trabajando en mi tesis sobre él, ni siquiera había creído posible que le interesara verme.

Debido a las nuevas circunstancias, bien conocidas, que rodean su vida (vejez, enfermedad, ceguera, trabajo constante en su casa con un grupo muy reducido de colaboradores y amigos, apariciones públicas excepcionales limitadas a ciertos compromisos políticos), había descartado la posibilidad de encontrarlo personalmente.

Una vez concluida y defendida mi Tesis,¹ con la seguridad que me daba un buen resultado obtenido por unanimidad, pedí y obtuve a través de dos personas (una amiga mía y una amiga suya, que se conocían entre sí), la autorización de llamar a Simone de Beauvoir para concertar una entrevista con ella, su compañera de siempre e interlocutora privilegiada.

Desde hace muchos años, en mi admiración e interés intelectual, la vida y la obra de Sartre y Simone de Beauvoir se han presentado como inseparables. En cierto sentido, ver a uno de ellos equivale, para mí, a ver al otro, hasta tal punto ha sido siempre profundo su acuerdo vital e ideológico. Con Simone de Beauvoir me interesaba fundamentalmente tratar ciertas cuestiones referentes al movimiento feminista y a mi experiencia en el mismo, al igual que mis planes en ese sentido para el futuro. Así pues, a la emoción que para mí representaba hablar con ella por primera vez, se unió la enorme sorpresa de ser solicitada por el propio Sartre.

EN CASA DE SARTRE

Mucho antes de la hora fijada, me encuentro en el bulevar donde está ubicada su casa, tratando de hallar un buen sitio para estacionar. No quisiera llegar ni un minuto antes, ni un segundo después. Para matar el tiempo que me queda, paseo, entro en un café, vuelvo a pasear. Todo lo que me rodea me parece irreal. El bulevar está lleno de gente que hace sus compras, van y vienen a toda prisa, esperan el autobús, bajan a tomar el Metro. Hace un hermoso día de sol, los cafés están llenos de clientes que leen el periódico sentados en mesitas que invaden las aceras. Algunas personas entran o salen del cementerio de Montparnasse, unos obreros trabajan afanosos en las bases de un futuro edificio. Unos *clochards* discuten sentados en un banco pintado de verde, junto a un árbol, a la orilla del cementerio.

1 *L'Altérité chez Sartre et les Rapports Femme-Homme*. Tesis de Doctorado del 3er. Ciclo. Universidad de París I, Pantheon-Sorbonne, 1977. Repertoriada en: TELETHESES: CD-ROM: CD-THESES y Minitel (3615 Code SUNK* The; Code SUNIST puis THE). Centre Nationale du Catalogue Collectif National. Ministère de L'Enseignement Supérieur et de la Recherche. Paris, 1993.

La hora se aproxima y, en mi paseo, voy acercándome al edificio donde él vive. Diez minutos de espera aún. Los mato caminando lentamente por el pequeño jardín interior, mientras de algunas oficinas de la planta baja me miran con curiosidad. Las doce y media. Tomo el ascensor y subo. Al llegar oigo su voz, habla por teléfono. Respiro fuerte una vez más, toco el timbre, me abre la puerta.

SIN NINGÚN RITUAL

Sabiendo que su ceguera es casi total, me extraña encontrarlo sólo; pero pronto me daré cuenta de que, en los reducidos límites de su apartamento, puede bastarse sin ayuda de nadie para las cosas más elementales. Solamente la lectura y la escritura, de las que hizo su destino, le están vedadas ahora. Para ello debe contar con los demás.

Voy al encuentro de la mano que me tiende e intercambiamos las primeras palabras, sin ningún ritual. Me invita a pasar y a tomar asiento, y me sigue, caminando muy lentamente, como tanteando el piso alfombrado uniformemente en color beige.

Me siento en un sofá bajo, muy cómodo, y él en una silla que me parece plegable, en madera y lona. Dudo al elegir el asiento, pero recuerdo enseguida que en la película sobre su vida aparece casi todo el tiempo en una silla antigua, sin ninguna comodidad y con el espaldar muy recto. Su temperamento parece concordar con muebles así, más que con el mullido confort de un sofá en que el cuerpo parece hundirse. Dudo también ante el hecho de ayudarlo a sentarse, porque el espaldar de la silla, movable, está en posición horizontal. Finalmente opto por una solución intermedia, ya que no quiero hacerle sentir, como algo que para mí cuenta, su invalidez. Sostengo el espaldar el tiempo justo para que él se acerque al asiento y comience a apoyarse en él. Durante toda la entrevista me mantengo en el borde del mío.

La primera impresión, que se mantendrá a todo lo largo de la entrevista, ha sido un *schok* para mí. Me encuentro frente a un hombre físicamente acabado, mucho más viejo de lo que las fotos o el filme permitían apreciar. De repente, el filósofo, el escritor, el intelectual comprometido con quien siempre me he identificado más profundamente; esa especie de figura mítica, que sólo poseía aspecto físico sobre el papel de las fotografías, adquiere un cuerpo frente a mí. Un cuerpo pequeño y un poco grueso, que se mueve lenta y difícilmente, arrastrando los pies y tanteando un poco el espacio a su alrededor, y un rostro muy feo, coronado por una escasa mata de cabellos aún no del todo grises. Este hombre, que durante mucho tiempo he tomado como guía absoluto, parece ahora mi abuelo, y hasta siento que depende de mí, que soy más fuerte que él. Durante toda la entrevista esta impresión no me abandonará. Pero empieza a hablar cruzando sus manos frente a sí, con los codos apoyados en los brazos del asiento, en un gesto muy característico. Entrelaza los dedos y guarda esta posición durante mucho tiempo, separando sus manos sólo de vez en cuando para acentuar una afirmación o rascarse ligeramente una esquina de la nariz. Está absorto en el hilo de sus propias ideas y al mismo tiempo escucha muy atentamente cuando hablo. Detrás de sus lentes, sus ojos estrábicos y sin vida parecen haberse apagado para no distraer el curso de los pensamientos. Los miro pero no descifro nada. Todo está en su voz, esa voz metálica y enronquecida, que me hace pensar un poco en la frialdad y la precisión de una máquina. (Es una voz muy parecida a la de Simone de Beauvoir, que, teniendo ese mismo timbre metálico, es más nerviosa y de una tonalidad más alta).

Y sin embargo, es una voz que parece venir de muy dentro, de lo más auténtico de un ser que vive intensamente, apurando cada instante, cada hecho, cada idea hasta la última

gota, como si fuese una copa de licor. Cada palabra de este anciano es una reiteración de la empresa de vivir. Si cierro los ojos, podría creer que es inmortal.

PROFESIÓN DE FEMINISMO

Nuestra conversación se refiere inicialmente a mi tesis, que él aún no conoce. A grandes rasgos se la expongo, y discutimos algunas ideas de los aspectos que más le llaman la atención, o que se prestan más a la polémica. Una de las cuestiones que más le apasiona es la que se refiere a las relaciones entre los sexos, y durante un buen momento escucho su profesión de feminismo. Tal como en una entrevista con Simone de Beauvoir aparecida en la revista *L'Arc* (No.61),² reconoce su anterior sexismo, utilizando un término muy nuestro:

-He sido muy machista, lo confieso, pero *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, me iluminó...

Esa obra, para él, marca el comienzo de una reflexión que lo llevará finalmente a reconocer como fundamental la causa feminista. Por nuestra conversación compruebo que su posición es prácticamente gemela de la mía: sobre la mayoría de los "motivos" feministas nos descubrimos de acuerdo. Igualmente, para rechazar ciertas tendencias que existen en el interior del Movimiento y que tratan de volver a una "especificidad femenina" aplastada y oculta por siglos de dominación masculina. Esto, y en ello coincidimos de nuevo, no es más que una nueva trampa, la cual nos conduciría a una separación y discriminación aún más radicales, y, en el mejor de los casos, no haría sino repetir los errores de la dominación masculina.

La lucha feminista tiene que ser autónoma, sólo las mujeres podrán llevar a buen fin la causa de su liberación, porque sólo el oprimido, el que sufre cotidianamente una situación, tiene la fuerza vivencial necesaria para realizar una toma de conciencia de su situación y transformarla en ola arrasadora, que destruye el viejo orden para colocar en su lugar las nuevas estructuras. En este sentido, ningún hombre, por muy honesto que sea, podrá trabajar en el interior del Movimiento. Nunca el dominador luchará auténticamente por eliminar sus privilegios. Incluso la izquierda, a este respecto, no puede inspirar una confianza total. La mayoría de los hombres de izquierda son tan machistas como los de las otras tendencias. Y así continuamos un buen rato, desgranando el tema. No puedo decir que su posición me tome por sorpresa, pero sí debo reconocer que estoy agradablemente satisfecha al comprobar su interés por los temas feministas, su fogosidad al defenderlos y la concordancia entre nuestras posiciones respectivas.

RELACIONES CON EL PRÓJIMO

Sin embargo, tengo algunas críticas que hacerle, críticas que han cobrado su fuerza durante los meses consagrados a elaborar mi tesis. "Con bastante frecuencia -le digo- su obra peca de sexismo. No quiero por ahora referirme a novelas, cuentos y piezas de teatro, donde el valor contingente de personajes considerados en una situación bien determinada, podría quizás servir de excusa, sino exclusivamente a ciertas afirmaciones que se encuentran en *El Ser y la Nada*, en el capítulo sobre "las relaciones concretas con el prójimo". Allí

2 Revista *L'ARC* N° 61: Simone de Beauvoir et la lutte des femmes, Aix en Provence, 1975.

queda revestida de valor ontológico, como correspondiente a las estructuras mismas del ser, la concepción tradicional según la cual la mujer es el ser "pasivo" (es tomada, poseída, etc) y el hombre el "activo" (toma, posee). Toda la imaginería cotidiana sobre el ser masculino y el femenino queda así elevada al nivel de rasgo necesario del ser hombre y el ser mujer".

Un poco reticente, acepta el ataque, tratando de protegerse enseguida detrás de *Saint Genêt, comediante y mártir*. "En ese libro la visión es diferente", me dice. Casi sin darle tiempo a continuar, ataco de nuevo, asombrada de mi propio ímpetu: "Oh no, en el *Saint Genêt* todo es aún peor, sus análisis son más detallados y confirman aún más mi posición. Hablando del homosexual "activo" y del "pasivo", usted consagra de nuevo -¡y cómo!- la interpretación tradicional.

Su respuesta no se deja esperar: "Bueno, de acuerdo, en el *Saint Genêt* yo traté de observar, desde mi punto de vista de heterosexual, la homosexualidad..."

No quiere ceder del todo. Es como si, habiendo sido siempre menos machista que otros, y habiendo adoptado desde su aparición actual la causa del feminismo, esas críticas le parecieran injustas. Me creo obligada a lanzarle un salvavidas y cerrar la cuestión, y digo:

- Es posible que esos hombres (los del "mundo" de Genêt) vivieran así su homosexualidad, según los mismos patrones que rigen nuestra sociedad patriarcal; usted no podía menos que atestiguarlo en la forma en que lo hizo.

El comienza a asentir cuando llaman a la puerta. Se levanta con esfuerzo y va a abrir con paso lento y vacilante. Es una mujer que se queda en el umbral, no puedo verla. "Nuestra cita es hoy, pero a la cinco de la tarde", dice él como si la interrupción le molestase por su carácter imprevisto.

-Ya lo sé, sólo vine a traerle estas flores....

Se despiden. El cierra la puerta, coloca el ramo en el suelo, en un rincón, y vuelve a sentarse. Nuestra conversación continúa. Hablamos de un futuro en que las relaciones entre el hombre y la mujer sean auténticas e igualitarias, sin sujeción a funciones establecidas; de la necesidad e importancia de plantearse con más frecuencia este problema; de realizar investigaciones al respecto; de buscar nuevas formas de convivencia entre los sexos...

LA MUJER VENEZOLANA

El teléfono, a mi lado, suena. El se levanta y contesta, de pie, cerca de mí. Observo sus pies y escucho sus palabras, y a veces la voz de su interlocutor, que habla muy fuerte. Lo llama Jean-Paul. Y Sartre utiliza varias veces dos de sus expresiones favoritas: "Absolument", "C'est exact".

Después de esta segunda interrupción, nuestra conversación continúa. Es entonces cuando me doy cuenta de su gran poder de concentración, de la lucidez y coherencia de su intelecto. Es lo único que la vejez ha respetado. Acaba de repetirme mis últimas frases, para recordarme de qué estábamos hablando. Ahora nuestra charla toma un giro más personal. Después de pedirme que le deje un ejemplar de mi Tesis, hablamos de mi vida, mis experiencias en París, mi militamiento feminista y mis planes para organizar un grupo feminista en Maracaibo. Para proyectos en ese mismo sentido, pero más ambiciosos por su envergadura y las dificultades de toda índole que deberán superar, me ofrece su colaboración y la de Simone de Beauvoir.

Entonces hablamos de Venezuela, y sobre todo de la situación de la mujer venezolana en relación con el hombre. Uno de los aspectos sobre los cuales me interroga con mayor interés es la participación de la mujer en la vida universitaria y en las llamadas profesiones liberales.

Para concluir, fijamos la fecha y la hora de nuestra próxima entrevista, sobre la cual él insiste calurosamente. Desea verme una vez que le hayan leído mi Tesis (dice: "Una vez que haya tomado conocimiento de ella").

Cediendo a la rutina en esos casos y a la insistencia de mis amigos, le pido que me firme un ejemplar de bolsillo de *La Náusea*. Me excuso por pedirselo, ya que no quiero caer en el culto a la personalidad (y después de todo, pienso sin decirselo: ¿Qué vale para mí una firma? ¿Enseñarla a los demás? ¿Reliquia futura? ¿Qué me importa todo eso? Lo único que cuenta es la enorme provisión intelectual y afectiva que este encuentro, este contacto de una hora con él, representa para mí. Lo demás no tiene ningún valor. Ninguna dedicatoria, ninguna firma podrán rendir cuenta de lo que esta entrevista significa y de la influencia que tendrá en mi vida. Con una sonrisa condescendiente, toma el libro que le coloco muy cerca de sus manos y se dirige a su escritorio.

Busca una pluma, le doy mi bolígrafo. Al terminar me tiende el libro y me pregunta: "¿Está bien escrito?" Casi no puedo responder que sí, a tal punto esta situación cálida y familiar pone un nudo de ternura en mi garganta. Lentamente, me acompaña hasta la puerta.

Al salir a la calle me parece flotar entre nubes. Una vibración recorre mis oídos, una sensación de extrañeza me invade. Como cuando, al salir del cine, nos encontramos de nuevo con la vida cotidiana y el aire de la calle. No recuerdo cómo mi automóvil me dejó de nuevo en casa.

SEGUNDO ENCUENTRO CON JEAN PAUL SARTRE EL MARXISMO YA NO PERMITE EXPLICAR EL MUNDO EN QUE ESTAMOS VIVIENDO

Este jueves llueve a cántaros sobre París durante toda la tarde. Estoy fatigada de correr para resolver asuntos de última hora. Las exigencias de la burocracia me hacen sentir todo el día como un robot. Tengo los pies empapados dentro de mis zapatos de gamuza.

Cada vez que la lluvia arrecia, lamento la ausencia de mis botas, que viajan ya camino a Venezuela. En el *parking* de la Torre Montparnasse, recostada en mi automóvil, trato de dormir. Son las cuatro y media. Cinco minutos después, desisto. Hay mucho ruido y la atmósfera está enrarecida por los escapes de los autos. Me da miedo quedarme dormida profundamente y llegar tarde a la entrevista. Afuera sigue lloviendo, una lluvia fina y persistente. Bajo mi paraguas, me dirijo al kiosko de periódicos más cercano y, sentada en un café, trato de calentarme y enterarme, sin lograrlo totalmente, de las noticias del día. Tengo la impresión de que el tiempo no transcurre, por momentos me siento como si fuera a escuchar una sentencia. En el café, lleno de empleados, la gente conversa y ríe, todos los ruidos suenan como amplificadas en mi cerebro, el perro del dueño me da un zarpazo en la rodilla para que le regale los cúbitos de azúcar que reposan al lado de mi taza. Un cuarto de hora aún. Para calmar mi ansiedad, voy a pasear por la placita redonda, junto a su edificio, que antes sólo había visto de lejos. Pero aún llueve y me muero de frío. Los últimos diez minutos espero en el hall del edificio, leyendo el periódico, viendo entrar y salir gente. Qué suerte tienen de vivir cerca de él, y sin embargo quizá no lo conocen, o quizá no miden lo que

este anciano bajito, un poco regordete y casi ciego, que camina a tientas, representa para el pensamiento de nuestro siglo. Dos minutos antes de la hora tomo el ascensor, a las cinco y media en punto toco la puerta. Unos segundos de espera y la puerta se abre de nuevo mientras su mano se tiende hacia mí.

OTRA VEZ EN SU CASA

Las posiciones son las mismas de la otra vez; yo en el sofá mullido y confortable, él en la silla plegable de lona. Sentada en el borde del asiento, casi no respiro a la espera del veredicto. Este no se hace esperar, y escucho su voz ronca y metálica decir: "Su trabajo es excelente, no tengo ninguna crítica que hacerle, aunque pienso que usted sí me hace algunas que creo no merecer". Para mí ya no llueve, el sol comienza a brillar en ese cuarto y mis pies mojados no son más que dos objetos húmedos colocados encima de la alfombra, en el interior de unos zapatos de gamuza con suela de goma.

Nos enzarzamos en una conversación de detalles sobre distintos aspectos de mi Tesis. Leyendo una de mis afirmaciones, basada en una idea que él expone en *El Ser y la Nada*, se le han ocurrido una serie de reflexiones que podrían conducirlo a cambiar ahora su posición inicial. Una larga discusión se inicia, yo mantengo el planteamiento de *El Ser y la Nada*, él argumenta a favor de una nueva posibilidad. Al final cada cual mantiene su posición, con una variante: hemos aceptado que se requiere de mayor reflexión sobre el asunto, antes de decidir definitivamente cuál de las dos ideas debe ser conservada.

La discusión ha sido apasionada y al cabo de un rato me doy cuenta de que estoy conversando con él como si fuese un viejo amigo. Quizá lo que más me ha gustado de él, del hombre Sartre de carne y hueso, es que sabe escuchar. Y su interés no es fingido. Su rostro refleja la concentración espontánea, la atención entera consagrada a las palabras de su interlocutor. No hay en él ni la cortesía fingida de la mayoría de las personas, ni la actitud altiva y benévola de los grandes hombres. Es un ser humano frente a otro.

CADUCIDAD DEL MARXISMO

Lo interrogo sobre una cuestión que, a propósito de la relación entre *El Ser y la Nada* y la *Crítica de la Razón Dialéctica*, me enfrentó a François Châtelet el día en que defendí mi Tesis³. Châtelet, como otros intérpretes del pensamiento sartreano, considera que entre las dos obras hay una ruptura radical, la cual interviene por la introducción del marxismo. Yo defendiendo la tesis contraria. Châtelet citaba, en su apoyo, a uno de los colaboradores más próximos de Sartre, yo hice lo mismo, nombrando a André Gorz, con quien él afirmó haber tenido días antes, precisamente, la misma discusión.

Sartre no ve entre las dos obras ninguna ruptura. La *Crítica de la Razón Dialéctica* mantiene las tesis existencialistas de *El Ser y la Nada*, completándolas con la introducción de lo social e histórico. La praxis humana de *La Crítica de la Razón Dialéctica* es una conciencia encarnada que realiza su libertad, no en un mundo constituido por ella y donde nada puede oponérsele, sino en un campo social alienado en el cual todas sus posibilidades están definidas de antemano.

3 El 10 de Octubre de 1977.

-Pues bien -le pregunto- ¿sigue usted pensando, como en la *Crítica*, que “el marxismo es la filosofía insuperable de nuestro tiempo”?

-No, -me responde- la situación actual ha evolucionado de tal manera que el marxismo ya no nos permite explicar el mundo en el que estamos viviendo.

¿Qué vamos entonces a colocar en lugar del marxismo? Insisto de nuevo. Y entonces me sorprende su sonrisa picaresca: -Ah, eso no puedo decírselo, es el tema de mi próximo libro.

Le hablo entonces de la representación teatral de *Eróstrato*, uno de los cuentos de *El Muro* que ha sido adaptado para el teatro y que en mi opinión pierde todo su valor debido a la forma, arbitrariamente violenta y agresiva que los actores tienen de recitar el texto.

Por algunos amigos, me dice, ya conocía algo de esa adaptación y estaba en desacuerdo con ella. Se suma a mi consideración anterior afirmando que dicha interpretación del texto es innecesaria, pero parece no darle mucha importancia a lo que han hecho con su obra. En cambio, con notorio placer, me pregunta si he visto *Las Manos Sucias* que ha sido representada durante varios meses en el Teatro “des Mathurins”. “Dos veces”, le respondo. Y entonces me cuenta que debido al éxito obtenido en París, la obra será presentada en ciudades de provincia durante el otoño. Hablamos igualmente sobre *Nekrassov*, que será presentada a partir del mes de Febrero (78) por la compañía del T.E.P (Teatro del Este Parisiense).

Como lo interrogo sobre la hora hasta la que puedo quedarme, me responde que él está libre, pero que sabe que yo tengo un compromiso a las siete. En efecto, los amigos a través de los cuales llegué hasta él, me ofrecen una cena de despedida a la que han invitado también a la amiga de Simone de Beauvoir que cerró la cadena. Fue ella quien se lo contó y me hace gracia comprobar que lo sabe. “Quédese hasta que llegue la hora de salir para allá”, me dice, y según la dirección que le doy, calculamos que media hora antes me dará tiempo suficiente para ser puntual a mi invitación.

UN INTERLOCUTOR PRIVILEGIADO

Lo interrogo entonces sobre su relación con Simone de Beauvoir. ¿Cuál es según él, la razón del éxito de tal “unión en libertad”, que lleva ya tantos años desde que se conocieron en 1923? ¿Es producto del azar, de ciertas circunstancias bien precisas, o de una voluntad de permanencia? Lo que más me interesa es conocer el papel que tal voluntad, de darse, pudo desempeñar en la relación.

Lo que me dice ahora no me aporta realmente nuevas luces, por cuanto coincide con lo que ya muchas veces ambos han escrito o explicado al respecto, o con lo que él afirmó en el filme que se realizó sobre su vida: *Sartre por sí mismo*. (Es una serie de conversaciones entre Sartre, S. de Beauvoir y algunos amigos que lo interrogan. Al parecer, el filme original dura ocho horas; para su comercialización fue reducido a tres. Existe una transcripción de los diálogos del filme, publicada por Gallimard en 1977).⁴

Cada uno de ellos ve en el otro al interlocutor privilegiado desde todo punto de vista. Jamás ninguno de ellos ha publicado una línea sin que el otro haya tenido conocimiento de

4 *Sartre*. Film réalisé par Alexandre Astruc et Michel Contat. Texte intégral. Gallimard, París, 1977.

ello y realizado su crítica. E insiste en ello quizá para recalcar su profundo acuerdo intelectual.

-Mi mejor crítico -me dice- fue siempre ella, y aunque a veces teníamos largas discusiones, siempre terminaba por convencerme. Los hechos, después, le daban la razón. Nuestras relaciones siempre han sido de absoluta igualdad y si alguna vez hemos estado en desacuerdo, ello no ha durado mucho, ni ha sido sobre problemas fundamentales.

Me da la impresión de que el poder de la palabra, a través del intercambio de ideas y la reflexión constante, llevada al extremo con toda honestidad, es para ellos muy importante. Como el hecho, considerado por ambos como fundamental, o en todo caso muy propicio para lograr una buena relación, de poseer una misma base cultural e histórica.

En cuanto al papel de la voluntad en tal relación, ante mi insistencia en preguntar, responde que sí tiene uno, pero no me parece, por la poca importancia que le otorga, que la considere como algo decisivo. No puede mantenerse una relación tan sólo mediante un acto voluntario.

Es maravilloso escucharlo hablar de ella, de Simone de Beauvoir. Se comprende entonces el valor que este acuerdo profundo con ella tiene para él. Al hablar sobre ella parece animarse más, y realizar más ampliamente el gesto que a veces hace con la mano al hablar. De ordinario sus manos permanecen cruzadas frente a él mientras sus antebrazos descansan en los brazos de la silla.

FUNCIÓN DEL ESCRITOR

Nuestra conversación recae luego, de nuevo, sobre mis proyectos, mis posibilidades para el porvenir. Y durante un buen rato le confío mis dudas sobre el papel de la escritura, sobre el sentido que puede tener una vida consagrada a ella. ¿Es el escritor un parásito? ¿Vale la pena decir lo que quizás otros ya han dicho, deleitarse ante el placer de enlazar signos para producir cierto efecto? ¿No se trata más bien de un individualismo exagerado, no sería más útil dedicarse a otra cosa? El me escucha con calma y tiene la respuesta a flor de labios. Si se siente la necesidad imperiosa, hay que hacerlo, escribir a pesar de todas las dudas, aun en el momento en que todo nos parece desprovisto de sentido y de valor. Y si lo que hacemos nos gusta, tanto mejor. Es preciso deshacerse de los restos de la ideología religiosa que pretende que todo trabajo, para merecer ese nombre, debe estar acompañado de esfuerzo y disgusto. "Escribir es su destino", me dice a guisa de conclusión.

La hora de partir ha llegado. El me lo recuerda. Tengo la impresión de que ha "leído" el reloj con sus dedos. Me pide que siga en contacto con él y me indica cómo hacerlo; ya de pie, con su mano en mi mano, me dice: "Y venga a verme de nuevo, cuando vuelva a París este verano". ¿Cómo no decirle que sí? Si fuera posible, vendría todos los días a escuchar y hablar a este anciano, al hombre Sartre, convicciones y vivencias en total coherencia, que siempre me ha fascinado sin por ello oscurecer mi sentido crítico.

Afuera ya no llovía, todo mi cuerpo vibraba de calor y mis zapatos se habían secado. Como bajo los efectos de una gran embriaguez, llegué finalmente a casa de mis amigos.

Ahora, recordando esas entrevistas y tratando de rememorar la disposición del apartamento de Sartre, me doy cuenta de que es muy poco lo que puedo decir. ¿Cómo fijarme en el escenario, en los muebles y cosas que me rodean cuando este hombre que absorbe toda mi atención está frente a mí? Junto a él, el tiempo y el espacio desaparecen. No existe sino su presencia, que ocupa todos mis horizontes.

ÚLTIMOS ENCUENTROS

La última vez que lo ví en abril de 1979, un año antes de su muerte, quedaba solo en la acera, frente al inmueble que habitaba, en el *Boulevard Edgar Quinet*. Pasado el tiempo concedido a la entrevista, me dijo que bajaría conmigo, pues venían a buscarlo. Era casi el mediodía. A pesar de su ceguera y su enfermedad, no me permitió ayudarlo a ponerse su abrigo, ni a abrir la puerta, y fue él mismo quien oprimió el botón del ascensor. Con el orgullo de tantos ancianos como él, pero sin ningún desprecio, se negó a aceptar mi brazo para bajar las empinadas escaleras que conducen a la calle. Y al llegar a ella, se despidió como si pronto fuésemos a vernos de nuevo, hasta la vista, hasta su próximo viaje... Y me instó a que me fuera, pues ya venían a buscarle... Dí media vuelta y me marché por el *Boulevard*, sin mirar atrás, a pesar de mi preocupación por dejarlo solo, temiendo ofender al anciano que sin embargo no podía verme... Ni siquiera metros más lejos me atreví a volver la mirada curiosa, a ver si lo recogían a tiempo, como él había dicho.

El año siguiente, en enero, ya no pude verlo, su teléfono ya no respondía... Tres meses después fallecía, el 15 de abril de 1980.